Notas de Elena G. de White

Lección 14
31 de Diciembre de 2011

Gloriarse en la cruz

Sábado 24 de diciembre

La cruz de Cristo, ¿cuántos creen realmente que es lo que debe ser? ¿Cuántos la aplican en sus estudios y conocen su verdadero significado? No habría un solo cristiano en este mundo si no fuera por la cruz de Cristo... Apartaos de los ejemplos del mundo; dejad de exaltar a los supuestos grandes hombres; apartad la mente de la gloria de todo, salvo de la cruz de Cristo. Dijo Pablo: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo". Que todos, desde el más encumbrado hasta el más humilde, comprendan lo que significa la gloria de la cruz de Cristo. Esta cruz debe ser llevada con valentía y virilidad. Cristo declara: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame". Y para todos los que la exalten y la lleven tras Cristo, la cruz es una garantía de la corona de gloria que nunca se desvanecerá...

Esta es la ciencia más encumbrada que podemos aprender: la ciencia de la salvación. La cruz del Calvario, correctamente considerada, es verdadera filosofía, religión pura y sin contaminación. Es vida eterna para todos los que creen. Mediante esfuerzo penoso, línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poquito aquí y otro poquito allá, debiera impresionarse en las mentes la idea... de que la cruz de Cristo es tan eficaz actualmente como en los días de Pablo, y debiera ser tan perfectamente comprendida por ellos como por el gran apóstol, quien pudo declarar: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (***Hijos e hijas de Dios*, p. 233**).

Domingo 25 de diciembre:
La propia mano de Pablo

Pablo era un ejemplo viviente de lo que un verdadero cristiano debía ser: vivía para la gloria de Dios. Sus palabras nos llegan hasta nuestro tiempo: "Porque para mí el vivir es Cristo". "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo". Aquel que una vez había sido perseguidor de Cristo en la persona de sus santos, ahora levantaba ante el mundo la cruz de Cristo. Su corazón ardía de amor por las almas y dedicaba todas sus energías para llevarles la salvación. Nunca vivió un obrero más abnegado, ferviente y perseverante. Cristo era su vida y su obra. Todas las bendiciones que recibió las consideraba ventajas para bendecir a otros (***Review and Herald*, mayo 29, 1900**).

Muchos de los que profesan ser cristianos se entusiasman por empresas mundanales, y se interesan por diversiones nuevas y excitantes, mientras que su corazón parece helado ante la causa de Dios. He aquí, pobre formalista, un tema que tiene suficiente importancia para excitarse. Entraña intereses eternos. Es un pecado permanecer sereno y desapasionado ante él. Las escenas del Calvario despiertan la más profunda emoción. Tendrás disculpa si manifiestas entusiasmo por este tema. Que Cristo, tan excelso e inocente, hubiese de sufrir una muerte tan dolorosa y soportar el peso de los pecados del mundo, es algo que nuestros pensamientos e imaginaciones no podrán nunca comprender plenamente. No podemos medir la longitud, anchura, altura y profundidad de un amor tan asombroso. La contemplación de las profundidades inconmensurables del amor del Salvador debiera llenar la mente, conmover y enternecer el alma, refinar y elevar los afectos y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado" (1 Corintios 2:2). Nosotros también podemos mirar al Calvario y exclamar: "Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gálatas 6:14) (***Joyas de los testimonios*, tomo 1, pp. 229, 230**).

Nadie ha nacido en Cristo para agradarse a sí mismo. El que vive para sí no es un cristiano, porque la abnegación y la cruz son la porción de cada verdadero seguidor de Cristo. Hemos sido comprados por

precio para que le brindemos un servicio voluntario a nuestro Maestro, y si no lo hacemos, le estamos robando a Dios, puesto que hemos sido rescatados y comprados por su propia sangre. El cristiano no puede servir al mundo ni ceder a los reclamos de cualquier poder, relación o sociedad que lo haga negar a Cristo y deshonrar a Dios siendo desleal a su santa ley. Dios lo reclama como suyo, y al rendirse sin reservas a él le impartirá favores especiales que lo capacitarán para llegar a ser completo en Cristo y un conquistador por medio de Aquel que nos amó (***Review and Herald*, 12 de mayo, 1896**).

Lunes 26 de diciembre:
Jactarse de la carne

En su gran amor, Dios procura desarrollar en nosotros las gracias preciosas de su Espíritu. Permite que hallemos obstáculos, persecución y opresiones, pero no como una maldición, sino como la bendición más grande de nuestra vida. Cada tentación resistida, cada aflicción sobrellevada valientemente, nos da nueva experiencia y nos hace progresar en la tarea de edificar nuestro carácter. El alma que resiste la tentación mediante el poder divino revela al mundo y al universo celestial la eficacia de la gracia de Cristo (***El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 99, 100**).

Jesús no ofrece a sus discípulos la esperanza de obtener gloria y riquezas mundanales ni vivir sin tribulaciones. Les presenta el privilegio de andar con su Maestro por senderos de abnegación y vituperio, porque el mundo no los conoce.
El que vino a redimir al mundo perdido tuvo la oposición de las fuerzas unidas de los enemigos de Dios y del hombre. En una confederación despiadada, los hombres y los ángeles malos se alinearon en orden de batalla contra el Príncipe de paz. Aunque la compasión divina se notaba en cada una de sus palabras y acciones, su diferencia del mundo provocó una hostilidad amarguísima. Porque no daba licencia a la manifestación de las malas pasiones de nuestra naturaleza, excitó la más cruel oposición y enemistad. Así será con todos los que vivan piadosamente en Cristo Jesús. Entre la justicia y el pecado, el amor y el odio, la verdad y el engaño, hay una lucha imposible de suprimir. Cuando se presentan el amor de Cristo y la belleza de su santidad, se le restan súbditos al reino de Satanás, y esto incita al príncipe del mal a resistir. La persecución y el oprobio esperan a quienes están dominados por el Espíritu de Cristo. El carácter de la

persecución cambia con el transcurso del tiempo, pero el principio o espíritu fundamental es el mismo que dio muerte a los elegidos de Dios desde los días de Abel.

Siempre que el hombre procure ponerse en armonía con Dios, sabrá que la afrenta de la cruz no ha cesado. Principados, potestades y huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, todos se alistan contra los que consienten en obedecer la ley del cielo. Por eso, en vez de producirles pesar, la persecución debe llenar de alegría a los discípulos de Cristo; porque es prueba de que siguen los pasos de su Maestro.

Aunque el Señor no prometió eximir a su pueblo de tribulación, le prometió algo mucho mejor. Le dijo: "Como tus días serán tus fuerzas". "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad". Si somos llamados a entrar en el horno de fuego por amor de Jesús, él estará a nuestro lado, así como estuvo con los tres fieles en Babilonia. Los que aman a su Redentor se regocijarán por toda oportunidad de compartir con él la humillación y el oprobio. El amor que sienten hacia su Señor dulcifica el sufrimiento por su causa (***El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 28, 29**).

En todo tiempo los mensajeros elegidos de Dios fueron víctimas de insultos y persecución; no obstante, el conocimiento de Dios se difundió por medio de sus aflicciones. Cada discípulo de Cristo debe ocupar un lugar en las filas para adelantar la misma obra, sabiendo que todo cuanto hagan los enemigos redundará en favor de la verdad. El propósito de Dios es que la verdad se ponga al frente para que llegue a ser tema de examen y discusión, a pesar del desprecio que se le haga. Tiene que agitarse el espíritu del pueblo; todo conflicto, todo vituperio, todo esfuerzo por limitar la libertad de conciencia son instrumentos de Dios para despertar las mentes que de otra manera dormirían (***El discurso maestro de Jesucristo*, pp. 31, 32**).

Martes 27 de diciembre:
Jactarse de la cruz (Gálatas 6:14)

"Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo" (Gálatas 6:14).

Quitar la cruz al cristiano, es como borrar el sol que ilumina el día, y quitar la luna y las estrellas del firmamento por la noche. La cruz de Cristo nos conduce más cerca de Dios, reconcilia al hombre con Dios, y a Dios con el hombre. El Padre contempla la cruz, los sufrimientos que ha dado a su Hijo, a fin de salvar a la humanidad de su desesperada condición, y de conducir al hombre hacia sí mismo. La contempla con la tierna compasión del amor de un padre. Casi se ha perdido de vista la cruz, pero sin la cruz no hay relación con el Padre, no hay unidad con el Cordero en el medio del trono del cielo, no hay una recepción de bienvenida a los errantes que quieran volver al olvidado camino de la justicia y la verdad, no hay esperanza para el transgresor en el día del juicio. Sin la cruz no hay un medio provisto para vencer el poder de nuestro poderoso enemigo. Toda esperanza de la humanidad pende de la cruz.

Cuando el pecador alcanza la cruz, y contempla a Aquel que murió para salvarlo, debe regocijarse con plenitud de gozo; porque sus pecados son perdonados. Arrodillándose junto a la cruz, ha alcanzado el lugar más alto al que un hombre puede llegar. La luz del conocimiento de la gloria de Dios es revelada en el rostro de Jesucristo; y él pronuncia estas palabras de perdón: "Vivid, vosotros pecadores, vivid. Vuestro arrepentimiento es aceptado; porque yo he encontrado un rescate".

Mediante la cruz aprendemos que nuestro Padre celestial nos ama con un amor infinito y perdurable, y nos acerca hacia él con una simpatía mayor que la de una madre por su hijo descarriado. ¿Puede extrañarnos el que Pablo haya exclamado: "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo"? También es nuestro privilegio gloriarnos en la cruz del Calvario, es nuestro privilegio darnos plenamente a Aquel que se dio a sí mismo por nosotros. Entonces, con la luz del amor que brilla desde su rostro sobre nosotros, saldremos para reflejarla sobre aquellos que viven en tinieblas (***Nuestra elevada vocación*, p. 48**).

La cruz de Cristo debe ser presentada ante el mundo de tal manera, que cualquier otro poder quede eclipsado y la raza humana rinda homenaje a Cristo Jesús. El Padre ha puesto todas las cosas en las manos de Cristo: todo el poder, el dominio y la gloria han sido concedidos al Hijo de Dios. Cuando los ojos se dirigen al Calvario, el alma contempla a Cristo, el divino Sufriente, que murió por el pecador

para darle otra oportunidad de obtener la vida eterna. Cuando los ojos del pecador contemplan a Cristo manifestado en la carne y crucificado por él, el Espíritu Santo toma las cosas de Cristo, transforma su carácter, y el pecador llega a ser una nueva criatura en Cristo Jesús (***Signs of the Times*, 28 de marzo, 1895**).

Miércoles 28 de diciembre:
Una nueva creación

El Señor Jesús vino a la tierra para recrear la imagen de Dios en el ser humano. Le dice al pecador arrepentido: "Te daré un nuevo corazón". "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17). El que tiene a Cristo morando en su corazón por la fe, no mantendrá los rasgos desagradables de carácter que tenía antes de conectarse con Cristo. El vino para salvar a los hombres de sus pecados; no en sus pecados...

Cristo vino al mundo para que pudiéramos llegar a ser nuevas criaturas a la semejanza de su propio carácter; puros y perfectos como él es. En la obra de la regeneración, los atributos originales comienzan a ser restaurados y la imagen divina comienza a brillar. "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18). Esto claramente indica que se produce un cambio en el carácter humano.

En la vida cristiana no se nos asegura que estaremos libres de pruebas, pero se nos asegura la gracia para soportarlas. Se nos permite tenerlas para perfeccionar nuestro amor en la gracia; para que la imagen egoísta desaparezca y la imagen de Cristo aparezca en nuestro carácter; para que avancemos de gloria en gloria en su misma imagen, como por el Espíritu del Señor. Mediante el poder divino, el alma contaminada por el pecado es recreada a la imagen de Dios en justicia y santidad de la verdad.

Entonces ya no estaremos en tinieblas, porque la luz y el gozo de Cristo nos acompañarán al morar en él. "Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Juan 15:11). Al avanzar en la vida cristiana, el amor crecerá hasta que sea perfecto; y en el amor perfecto, hay perfecto gozo. Seremos

felices en cualquier circunstancia, porque veremos al Señor detrás de ellas. Si nos rodea la aflicción, lo veremos dándonos consuelo y solaz en nuestra pena; si la prosperidad nos sonríe, reconoceremos que la bendición fluye de la Fuente de la vida. Sea que estemos en prosperidad o en aflicción, sabremos que la mano del Señor nos acompaña, y entenderemos que las luces y las sombras son necesarias para perfeccionar el carácter del creyente y darle verdadero gozo y perfecta confianza en Dios. Mediante la fe, veremos más allá de las cosas que se ven, a las que no se ven, y diremos: "Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (1 Juan 3:2) (***Signs of the Times*, 21 de agosto, 1893**).

Jueves 29 de diciembre:
Comentarios finales (Gálatas 6:16-18)

Mientras estuvo en Arabia [Pablo] no se puso en comunicación con los apóstoles; buscó a Dios fervorosamente con todo su corazón, decidido a no descansar hasta tener la certidumbre de que su arrepentimiento había sido aceptado y que había sido perdonado su enorme pecado. No iba a abandonar el conflicto hasta tener la seguridad de que Jesús estaría con él en su futuro ministerio. Siempre había de llevar en su cuerpo las señales de la gloria de Cristo, en sus ojos, que fueron enceguecidos por la luz celestial, y deseaba llevar con él constantemente la seguridad de la gracia sostenedora del Señor. Pablo se puso en íntima relación con el cielo, y Jesús comulgó con él, lo afirmó en la fe, y le concedió su sabiduría y su gracia (***La historia de la redención*, pp. 287, 288**).

Los hijos de Dios no serán como los del mundo; porque la verdad recibida en el corazón será el medio de purificar el alma, de transformar el carácter, y de hacer que su receptor sea de una mente semejante a la de Dios. A menos que un hombre llegue a tener una mente semejante a la de Dios, todavía está en su natural depravación. Si Cristo está en el corazón, aparecerá en el hogar, en el taller, en el mercado, en la iglesia. El poder de la verdad será percibido porque elevará y ennoblecerá la mente y suavizará y subyugará el corazón, llevando a todo el ser humano a la armonía con Dios. El que es transformado por la verdad derramará una luz sobre el mundo. El que tiene la esperanza de Cristo se purifica a sí mismo, así como él es puro.

La esperanza de la venida de Cristo es una gran esperanza, una esperanza con consecuencias de gran alcance. Es la esperanza de ver el Rey en su hermosura, y de ser hecho semejante a él.

El que habita en Cristo es perfeccionado en el amor de Dios, y sus propósitos, pensamientos, palabras y acciones están en armonía con la voluntad de Dios expresada en los mandamientos de su ley No hay nada en el corazón del hombre que habita en Cristo que esté en conflicto con algún precepto de la ley de Dios. Donde el Espíritu de Cristo está en el corazón, se revelará el carácter de Cristo, y allí se manifestará cortesía ante la provocación; y paciencia ante la prueba. "Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo". La justicia puede ser definida solo por la gran norma moral de Dios, los Diez Mandamientos. No hay otra regla por la cual se pueda medir el carácter (***Reflejemos a Jesús*, p. 51**).

Nuestra redención ha sido pagada a un precio infinito para que andemos en el camino recto; para que caminemos en la senda de la obediencia humilde. Todas nuestras obras, pensamientos y emociones deben ser corroboradas con la Palabra de Dios, para que él impresione nuestros corazones mediante la palabra escrita. Dice el Salvador: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido" (Juan 15:10, 11). Encontraremos armonía en la Palabra y nos gozaremos en vivir bajo los mandamientos de Dios; su ley será como la niña de nuestros ojos. La verdadera santificación nos llevará a amar a Dios con todo nuestro corazón, nuestra mente y nuestras fuerzas, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Ya no nos guiaremos por nuestra propia voluntad sino que aceptaremos la voluntad de Dios como nuestra regla de acción (***Review and Herald*, junio 10, 1890**).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática